

Manuel L. Alonso

Cuando apenas había cumplido dieciséis años, acostumbraba encargar mis tarjetas de visita en una imprenta que si no recuerdo mal me cobraba treinta pesetas por cada centenar. Impresos en sobria caligrafía inglesa figuraban mi nombre y apellidos, y debajo, con mayúsculas, la palabra ESCRITOR.

No era (no era sólo) un truco para ligar. Efectivamente, a esa edad me consideraba escritor. Escribía especialmente cuentos de terror, porque

los adolescentes tienen inclinación por lo macabro. Como es natural, empecé plagiando a Poe. Escribía mucho y no tardé en empezar a publicar.

En el mucho tiempo transcurrido, he publicado ciento veintitantos relatos, usando más de una decena de seudónimos, en las principales publicaciones: *Penthouse*, *Playboy*, *Interviú*, *El País*, *Blanco y Negro*, *Newlook* y otras. Siete libros. Algunos relatos míos figuran en tres o cuatro antologías. Diversos premios. Por todo ello,

supongo que aunque no he vuelto a usar tarjetas de visita puedo considerarme escritor. Sobre todo teniendo en cuenta que he vivido de la literatura desde hace once años.

En esos once años he recorrido España de un extremo a otro varias veces, me he hecho vegetariano, he tenido un hijo y, no sé si por coincidencia, al tiempo que él nacía he descubierto o redescubierto la literatura infantil y juvenil, a la que me dedico en los últimos tres años de modo casi exclusivo.

Sólo hay una cosa que me gusta aún más que escribir. ¿Recuerdan aquel diálogo que aparece en *Oliver Twist*? Dice el benefactor de Oliver:

—¿Te gustaría ser sabio y escribir libros?

—Me parece señor, que me gustaría más leerlos —respondió Oliver.

A mí también.



Bibliografía (selección)

El último hombre libre, col. Ala delta, Edelvives, Zaragoza, 1988.

Consuelo está sola en casa, Altea, Madrid, 1989. (Premio Altea.)

¡Sorpresa, sorpresa!, col. Catamarán, SM, Madrid, 1989.

Jim, col. El duende verde, Anaya, Madrid, 1989.

El fantasma novato, col. Ala delta, Edelvives, Zaragoza, 1990.